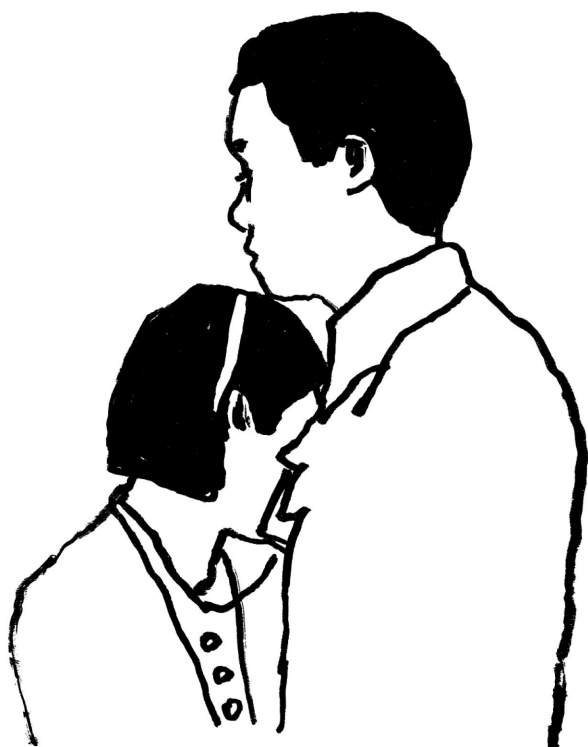


DE LA AUTORA DE ABZURDAH

CIELO LATINI ADIÓS



Cielo Latini

Adiós

Fue como mirar el fuego.

Sería una estupidez llamarlo amor: fue más intenso. Nos miramos y me dolió en el cuerpo la certeza, la sombra de fatalidad de que si tomaba ese camino algo inolvidable, intenso, terrible, iba a pasar. Pero ya no podía elegir, entre nosotros flotaba un contrato imposible de desoír, un propósito que no debíamos ignorar. Nos vimos y sentí que todo se cargaba de sentido, que iba a amar y a sufrir como en los cuentos.

Esos ojos arrastraban historias que yo podía intuir. Una mirada me bastó para saber que quería el resto de mi vida con él. Hasta entonces creía que las pasiones incontrolables se restringían a las películas o a la literatura isabelina; que dar la vida por amor no era posible, que eran pavadas de las telenovelas de bajo presupuesto. Que a los protagonistas de esas historias les tocaba vivir amores edulcorados, irreales, impostados. Quizá solamente estaba desencantada porque a mí nunca me habían amado así, quizá estaba cínica porque yo misma no había sentido esa intensidad de las novelas con nadie. Pero cuando tuve a Jaime enfrente mío, una mirada bastó para demoler mis ideas. Una mirada para rendirme, porque él me hacía sentir como los héroes a las damiselas de la literatura. Nadie me había mi-

rado con tanto sentido. Todo valía nada comparado con el nudo en el estómago que me había provocado este hombre sin siquiera tocarme.

Cuando decidí hacer algo por el lunar al costado de mi boca, no podía imaginar el peso que tendría la elección del médico. Si hubiera elegido otra consulta, diferente habría sido la historia. Son ridículas las decisiones que pueden cambiarnos la vida, nos gusta pensar que elegimos sesudamente, pero no, las cosas más triviales son las definitorias. Como cruzar una calle en el momento exacto en que un auto pierde el control, abordar el taxi equivocado o irnos a dormir sin saber que hay una pérdida de gas. Esta es la historia de cómo un lunar configuró los siguientes años de mi vida, no es una historia de amor.

Ahí donde estás vos, estuve yo. De la mano, tirados en el jardín mirando las estrellas o mirándonos a los ojos sin saber qué hacer si alguna vez nos pasa algo y nos perdemos, habiéndonos olvidado quiénes somos el uno sin el otro. Y después del subidón siempre viene la bajada, empinadísima: vas a sentir que se te abre el piso, que se raja la tierra y que llegó el fin del mundo. Olvidate de todo lo que escuchaste sobre mí, no soy lo que él te contó. Te escribo porque me hubiera gustado que alguien me advirtiera. Te escribo lo que me hubiera gustado que alguien me escribiese a mí.

dos

Sé que creés que sabés la historia, pero dejame contarte cómo fue realmente. No sé si alguna vez me voy a animar a que esto llegue a tus manos, no sé tampoco por qué quiero que me leas: a veces siento que por venganza, porque me hiciste mucho daño. A veces que es para salvarte, porque quiero convencerme de que el daño de tu parte no fue premeditado. A veces quiero creer que te atrapó como a mí, que fuiste otra mosca en su red pegajosa, que te secuestró la voluntad, que te formateó el deseo, que te encaminó en mi contra porque él no podía defenderse solo. Cuando no creo que seas una mala persona, que lo hiciste a conciencia, que me heriste profundamente por decisión propia, siento pena por vos y quiero ayudarte.

Estoy casi segura de que esto lo sabés: que nos conocimos cuando yo tenía 22 años. Pero que esto otro no: que entonces yo salía con Gustavo, un señor que parecía quererme a veces y odiarme otras y que malamente fungía de pareja. Para entonces yo ya sabía identificar los abusos físicos y los maltratos obvios, y lo que hacía Gustavo a mí todavía no me hacía ruido porque era una violencia pasivo-agresiva difícil de identificar. Pero cuando cumplí 22 años Gustavo me sugirió que si quería que me fuera bien, no importaba en qué, necesitaba hacerme las tetas. *No te estoy*

diciendo que no te van a contratar, te estoy diciendo que si te ponés las tetas te van a contratar mucho más.

Hablé con mamá de los implantes y me dijo que le parecía bien, me podían regalar la cirugía para mi cumpleaños. Le pregunté si conocía a algún cirujano recomendable y fue la primera vez que escuché su nombre: Dr. Jaime Galante, el mejor de La Plata. Cuando lo googleé, solo encontré comentarios positivos de expacientes y cuando visité la página de su clínica privada quedé muy conforme con las fotos del antes y el después de las cirugías. Al día siguiente llamé por teléfono y me dieron un turno unas cuantas semanas adelante, así de requerido era.

A la consulta me acompañó Gustavo, que no podía relajarse y no confiaba en mi criterio. Él quería opinar sobre mi pecho. Esperé nerviosa hasta que llamaron mi apellido y entramos los dos al consultorio. Cuando Jaime abrió la puerta quedé dura, como una liebre encandilada. Dijo mi nombre y me ruboricé cuando me miró a los ojos. No sonrió, parecía un hombre de hielo. Jaime y Gustavo se dieron la mano y cuando llegó mi turno de saludar, tan nerviosa estaba, estiré la mano para buscar la suya pero Jaime me regaló una media sonrisa y un beso en la mejilla. Me avergoncé por haber estirado la mano cuando correspondía un beso.

—Siéntense, por favor —y mirándome—, no me imagino por qué razón vendrías a mi consultorio, pero contame así me sorprende.

Gustavo volteó hacia mi lado con las cejas en alto, evidentemente molesto. Tomé aire y le expliqué por qué acudía a su consulta. Jaime me escuchaba con paciencia mientras anotaba mis datos en una agenda. Me preguntó cuánto hacía que quería hacerme la cirugía y por qué. Después de explicarle como pude que a mí nunca se me había ocurrido someterme a una cirugía, pero que me ha-

bían advertido que el mundo era más difícil para las mujeres chatas, le pidió a Gustavo que se retirase para un examen preliminar. Cuando se cerró la puerta y quedamos solos, Jaime me dijo:

No voy a hacer el examen preliminar todavía porque no te veo segura. Me da la sensación de que hay alguien que te está empujando a tomar esta decisión, no sé si tus amigas, tu novio. Pero no me parece que vos seas la principal interesada, ¿me equivoco? Decime que no porque no suelo equivocarme y me dolería —sonrió.

Había algo extraño y atractivo en él. De lejos podía parecer un hombre frío pero en cuanto había abierto la boca se había humanizado.

—Tenés 22 años, ¿por qué no esperás para tomar una decisión así? Yo por mí te las hago, pero quiero saber si estás segura vos.

Apreté los labios y giré la cabeza de izquierda derecha. Algo de la presencia del Dr. Galante me quitaba la respiración y me ponía tan nerviosa que no me salían las palabras.

—Lo que sí te puedo chequear y eventualmente sacar es el lunar que tenés al lado de la boca, no por una cuestión estética sino porque no me gustan ni el color, ni la forma. ¿Lo puedo ver? Sentate acá, por favor —me dijo, dándole una palmadita suave a la camilla.

Obedecí y me dejé inspeccionar el lunar. Tuve miedo de que notara cómo me latía el corazón a través de la remera. Mientras lo tuve cerca aproveché a mirarlo en detalle: ya tenía algunas arruguitas alrededor de los ojos. Llevaba el pelo entrecano en un corte sobrio y prolijo. Olía como deben oler los milagros. Había algo de él que me seducía, era una presencia inquietante.

Mientras miraba el lunar a través de una lente con aumento me preguntó qué estudiaba y si el muchacho que

estaba afuera era mi novio. Le conté que estaba estudiando periodismo en la UNLP y que Gustavo era algo parecido a un novio. *Y el que tuvo la idea de que te operes, ¿no?* adivinó. Sonreí como toda respuesta. Yo, que siempre tenía palabras para todo, yo, que había hecho cursos de oratoria en la facultad, yo, que me sabía por lo menos cinco sinónimos para cada palabra, ahora no encontraba ninguna. Me había transformado en un animalito, me habían quitado la voz. Cuando Jaime se acercó a mirarme el lunar al lado de la boca, sentí que su perfume se me clavaba como un puñal en la memoria. Supe que estaba en problemas.

—Está bien, no me gusta este lunar. Te voy a extraer una muestra de tejido pero de todas maneras me gustaría sacártelo, como medida de precaución. Vamos a hacer una extracción con láser, tendríamos que hacerla en dos o tres sesiones, ¿te parece? Se aplica una anestesia local y extraigo el tejido con láser. Y respecto del aumento mamario, yo lo dejaría para otro momento, para después de amamantar, para cuando realmente lo necesites. Tengo algunos años de experiencia y me considero bastante exigente en cuanto a belleza se trata. Veo lolas todas la semanas, creeme, no necesitás esa operación. ¿Te veo la semana que viene?

Salí de la consulta sintiéndome hermosa, esos ojos me habían dotado de confianza. Esos ojos no me juzgaban por el tamaño de mis pechos, esos ojos se preocuparon por un lunar, por una mancha oscura que a Gustavo jamás le había llamado la atención. Gustavo creía que el lunar era sexy y que necesitaba tetas nuevas. Jaime, el de los ojos de mirada tierna, me dijo que los pechos no eran importantes, pero que le preocupaba mi salud. Nadie antes se había preocupado por mi salud así. A partir de entonces Gustavo se fue desdibujando, se fue fundiendo con el fondo, se fue convirtiendo en parte del paisaje. Cuando llegamos a su casa me besó con fuerza, me agarró de la gomita

del pelo y me llevó hasta la mesa del comedor. Ahí mismo me penetró y me preguntó al oído *¿te gustó el médico, no?* Yo me quedé en silencio y me dejé usar, quizás por costumbre, quizás porque mi voz había quedado en el consultorio con Jaime.

Una semana después estacioné en Plaza San Martín y caminé las cuadras que me separaban del consultorio del Dr. Galante. Me recibió como las otras veces una secretaria espigada; hablamos del clima y del doctor. Me habló maravillas de sus manos y su historial, me dijo que atendíendome con él estaba tomando la decisión correcta. Después esperé treinta y cinco minutos fingiendo que leía pero atenta en realidad a lo que sucedía en el consultorio. En una ocasión se abrió la puerta y lo escuché despedirse de una paciente. Fue cálido y cortés. Después de entornar la puerta, quizás para chequear su agenda, llamó al siguiente apellido en la lista y una señora de pechos y boca enormes se levantó de al lado mío y caminó hacia él. La llamó Andrea, con cariño. Me entristecí por dos razones válidas: porque yo quería ser su paciente favorita y porque su trato conmigo no era exclusivo. ¿Era tan encantador con todas las pacientes? ¿Yo no era la excepción?

Después de la mujer de los pechos enormes que se despidió a los abrazos, Jaime pronunció mi nombre. Cuando entré al consultorio me transpiraban las manos así que elegí darle un beso como saludo. Después de las preguntas obligadas —¿cómo estás? ¿cómo va la semana?— pasamos a la camilla para comenzar con el tratamiento para eliminar el lunar. Me pidió que me quedara quieta y que no hablara, y que le avisase si me dolía el láser. Mientras trabajaba con delicadeza dijo:

—Leo tus columnas en *La República*. No había asociado tu nombre con el de la periodista. Muy interesantes. ¿22 años tenés? Me sorprendiste.

Seguro me puse roja, me costaba quedarme quieta, me sentí sonreír y transpirar y quizás temblar de alegría. Nunca nadie me había gustado tanto desde la adolescencia.

Jaime tenía los ojos del color de los glaciares. Era suave y discreto cuando hablaba y elegía juiciosamente las palabras que iba a usar. Lo rodeaba el misterio. Agradecí sonriente pero bajando la mirada, me imaginé a esta eminencia de la medicina, un hombre veinte años mayor, leyendo algo que había escrito yo tanto más joven, tanto más inexperta, y me avergoncé. No me lo habría imaginado como audiencia posible. Pero ahí estaba, diciéndome que lo había conmovido mi columna del último domingo y felicitándome por haber logrado darle luz a un tema controversial: la estigmatización de las personas con trastornos depresivos.

Me dio detalles que indicaban que de verdad había estado leyendo todas mis columnas. Podía recitar algunos párrafos casi de memoria, como si los hubiera estudiado. Sorprendidísima por la idea nueva, inesperada, *a Jaime Galante le gustan mis columnas de verdad*. Yo era la última paciente que tenía ese día y no nos dimos cuenta de que habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que había terminado el tratamiento del lunar hasta que golpeó la puerta su secretaria.

—Doctor, ya son las ocho y media, ¿lo espero y salimos juntos?

Los dos nos miramos intrigados, ¿a dónde habían ido esos minutos, esos cuartos de hora? ¿A dónde viajaba el tiempo cuando nos mirábamos? Se nos voló, se nos escurrió entre palabras elegidas y miradas inevitables. Hablamos de cine, de las películas que nos habían gustado, de nuestros guiones y directores favoritos y nos recomendamos algunos títulos. Fue extraño coincidir con él en casi todo. Yo le hablé de Lars Von Trier y él mencionó a

Fassbinder. Le conté que dos o tres veces por semana iba al cine sola, que me parecía una dicha inigualable y que de verdad nunca había conocido a alguien que tuviera gustos tan parecidos a los míos.

Durante esa hora que hablamos estuvimos absortos, secuestrados en otra realidad. Casi como si todo alrededor hubiera quedado en pausa, como si el mundo se hubiese convertido en un museo de cera.

Jaime hablaba y yo me sentía en casa.

Nada que no saliera de su boca era importante para mí en ese momento. Nada donde él pusiera su mirada iba a tener jamás el mismo sentido. Las palabras que salían de la boca de Jaime eran lazos de seda que me envolvían el cuerpo y el cuello y me atraían hacia él, suaves y delicados. Todo lo que decía le quedaba bien.

Se levantó para ofrecerme un café pero comenté que de verdad se había hecho tarde y también dije: *pero te juro que me quedaría hablando toda la noche*. Me arrepentí enseguida. Volvió con dos vasos de agua fría del dispenser y esta frase: *vamos a tener que brindar por este encuentro otro día, porque con agua da mala suerte*.

Bajamos en el ascensor con la secretaria y yo hubiera jurado que iba a besarme, pero no. Un caballero. Me abrió la puerta de entrada y me despidió con un beso en el lunar, beso que casi me rozó la boca. Floté hasta mi auto.

A mí me resultaba inexplicable y maravilloso que este cirujano respetado en congresos, *una Eminencia de Nuestra Ciudad*, decían los diarios, dijera que mis columnas eran inteligentes. Así que decidí creer que sólo estaba queriendo tener algo conmigo, como con muchas de sus pacientes, como con Andrea la Tetona, seguro. Me calmé, intenté olvidarme de Jaime hasta la próxima consulta cuando iba a exterminar para siempre el lunar que descansaba al lado de mi boca. Pero olvidarme de sus moditos y su suavi-

dad, de esas manos tiernas y delicadas, olvidarme de esa voz profunda y grave no iba a ser fácil. Iba a ser difícil cuando a quien tenía enfrente era Gustavo. Un homo sapiens sin evolución. Un señor que quería que yo me hiciera las tetas para tener más valor de mercado, un señor que no sabe quiénes son Von Trier ni Jacques Brel. Una miseria, apenas un residuo, comparado con Jaime. Gustavo ahora me parecía bruto, machista, no violento pero despectivo. Para él yo nunca escribía lo suficientemente rápido o lo suficientemente bien. Lo que yo hacía, y lo que era, nunca estaba a la altura de sus expectativas. ¿Por qué toleraba estas exigencias?

Pero llegó el día de la tercera y última consulta con el Dr. Galante. Me puse un jean nuevo y me compré una camisa para esa ocasión especial. Me maquillé con dedicación y me peiné con esmero. Quince minutos antes yo ya estaba sentada en la sala de espera escuchando a otras pacientes hablar y hacer silencio cuando se abría su puerta. Las quería echar a todas.

Me llamó por mi nombre. Dijo: *Helena*.

A las demás las llamó por apellido pero no a mí, yo era especial. Me recibió con un abrazo que duró unos segundos más que lo habitual y enseguida pasamos a la camilla. Me preguntó vagamente cómo había estado mi semana, si me había molestado de alguna manera el lunar pero no hablamos sobre mis columnas, ni hablamos sobre películas ni nos quedamos tiempo extra después de la extracción final del lunar.

Terminamos, dijo, y sonrió brevemente. En sus ojos noté una oscuridad que quizás fuera cansancio. Me pregunté si estaría triste o exhausto, a veces esas miradas se confunden, pero cuando me animé a preguntar él habló encima mío. Dijo: *ya estás, quedó perfecto. Terminamos entonces*, y se levantó. Su urgencia me tomó por sorpresa y no supe cómo

decirle que lo quería volver a ver, que si pudiera me inventaría otro lunar para que me extirpase. Cientos de lunares. No pude decirle que haberlo visto estas últimas semanas había sido un oasis, la gloria, lo mejor de mis días. Que con nadie podía hablar como con él, que las palabras de nadie tenían tanto peso como las suyas. Que en su abrazo quería quedarme a vivir. Nos despedimos y ya en el ascensor un nudo molesto se me había instalado en la garganta: era la angustia de saber que no lo volvería a ver.